La amante

by Beth-san

Category: Bleach
Genre: Drama, Romance
Language: Spanish
Characters: Karin K., T. Hitsugaya
Status: In-Progress
Published: 2016-04-10 01:50:53
Updated: 2016-04-10 01:50:53
Packaged: 2016-04-27 20:54:41
Rating: T
Chapters: 2
Words: 5,141
Publisher: www.fanfiction.net
Summary: Cuando Karin Kurosaki descubre que su querida tÃ-a es vÃ-ctima de un siniestro chantaje, traza un plan temerario: hacerse pasar por la amante del famoso conde de Masters, a quien no conoce personalmente. Toshiro Hitsugaya, el conde, no sÃ³lo es terriblemente seductor, sino que su afÃ¡n conquistador le impide en ocasiones actuar con prudencia y respetar las reglas mÃ-nimas del decoro.

1. CapÃ-tulo 1

Hola a quien sea que lea :)
>La siguiente historia es una adaptacion de Amanda Quick<p>

-Su Ãºltima amante es toda una sensaciÃ³n en Londres, querido Masters. Todos la encuentran terriblemente atractiva -comentÃ³ Gin Ichimaru, que sentado frente al hogar, bebiÃ³ un sorbo de coÃ±ac y mirÃ³ a su anfitriÃ³n con expresiÃ³n socarrona-. Ya que, por alguna extraÃ±a razÃ³n, a usted le ha dado por encerrarse como un ermitaÃ±o aquÃ- en el campo, justo en plena temporada social, creÃ- que le gustarÃ-a saber lo que estÃ¡ sucediendo en la ciudad.

-Es muy considerado por su parte hacer este viaje sÃ³lo para informarme de los Ãºltimos acontecimientos sociales.
>-No es para menos, teniendo en cuenta que su nombre estÃ¡ en boca de todos. SÃ© cuÃ¡nto le molesta eso. -Ichimaru, hombre ya aburrido y disoluto a pesar de sus treinta aÃ±os, hizo una pausa dejando traslucir un atisbo de emociÃ³n.
-Se equivoca, Ichimaru. Me importa un rÃ¡bano lo que esa gente hable a la hora del tÃ©. Gin se sintiÃ³ molesto, pero siguiÃ³ su plan de provocaciÃ³n.
>-Debo admitir que, como todo el mundo, siento curiosidad por saber la razÃ³n por la cual usted deja a su amante comportarse de una manera tan osada. Todo el mundo sabe que usted siempre insiste en que sus amantes mantengan una gran discreciÃ³n respecto a sus relaciones. CreÃ- que ese requisito era una de sus famosas reglas. Toshiro Hitsugaya, conde de Masters, hizo girar lentamente la copa de coÃ±ac

entres sus grandes y curtidas manos. EstudiÃ³ pensativo el brillo de las llamas cuyo reflejo quedaba encerrado en el cristal de la copa profusamente tallada. HacÃ-a varios meses que estaba interesado en las curiosas propiedades de la luz y el cristal, lo que le habÃ-a llevado a realizar innumerables experimentos con prismas y espejos, y en consecuencia habÃ-a nacido su presente pasiÃ³n por los telescopios. La astronomÃ-a le resultaba tan fascinante que decidiÃ³ abandonar Londres en plena temporada social a fin de proseguir con sus experimentos en una de las remotas propiedades que poseÃ-a en el campo. Los cielos nocturnos de Yorkshire eran puros y cristalinos, a diferencia del aire enrarecido de la ciudad que le impedÃ-a ver a travÃ©s de su nuevo telescopio. Ya desde niÃ±o, a la par que crecÃ-a en las fincas de su familia en Yorkshire, se habÃ-a sentido infinitamente atraÃ-do por temas de naturaleza mecÃ¡nica, tÃ©cnica o cientÃ-fica. Desde los muelles de un carruaje hasta los relojes, desde las cajas de mÃºsica hasta las estrellas, sentÃ-a pasiÃ³n por todos los descubrimientos e inventos, ademÃ¡s de una necesidad de comprender las reglas y leyes que dictaminan la forma en que funcionan las cosas. A Toshiro le gustaban las reglas, en especial las suyas propias. TenÃ-a un conjunto personal de preceptos que Ã©l habÃ-a formulado hacÃ-a varios aÃ±os y de los cuales jamÃ¡s se desviaba. Ã‰stos eran simples y directos: JamÃ¡s volver a casarse. JamÃ¡s hablar del pasado. JamÃ¡s dar explicaciones de sus actos a los demÃ¡s. JamÃ¡s dejar de lado un objetivo o alterar una decisiÃ³n. JamÃ¡s involucrarse con solteras vÃ-rgenes o con mujeres casadas. Toshiro levantÃ³ la mirada de la copa de coÃ±ac. Nunca le habÃ-a prestado atenciÃ³n ninguna a Ichimaru. Era un ejemplo mÃ¡s de tantos hombres autocomplacientes y libertinos, cuyas reglas personales les permitÃ-an atacar a aquellos que eran inocentes o cuya escala social estaba por debajo de la suya. -CuÃ©nteme quÃ© ha estado haciendo esa dama para provocar tales comentarios -dijo Toshiro con un tono deliberadamente desinteresado. La mirada de Gin se iluminÃ³ llena de malicia.
-Los rumores dicen que ella lo ha rechazado y que ahora anda en busca de otro amante. Todo Londres se siente lleno de curiosidad.

>-No me diga. -La seÃ±ora Karin Kurosaki hizo su apariciÃ³n en sociedad hace quince dÃ-as y la ha asaltado como un vendaval. Nadie puede creer que de verdad usted haya permitido que su amante le abandone. Desde luego, es bastante extraordinario, dada su, digamos, notoria reputaciÃ³n... Toshiro sonriÃ³ levemente, pero no dijo nada. Insatisfecho con esa reacciÃ³n, Gin intentÃ³ otra estrategia. -Usted sabe muy bien que estÃ¡ considerado como uno de los hombres mÃ¡s misteriosos y tal vez mÃ¡s peligrosos de todo Londres.
-Tal como ocurre con la belleza, Ichimaru, el misterio y el peligro estÃ¡n en los ojos de quien los mira. -Los rumores que corren sobre su pasado hacen de usted una leyenda, Masters. Es evidente que cualquier mujer que tenga la osadÃ-a de rechazarlo estÃ¡ destinada a provocar comentarios y especulaciones.

>-Naturalmente. Gin entrecerrÃ³ los ojos.
-Debo admitir que la dama es algo excepcional, incluso para un hombre como usted, seÃ±or. Â¿DÃ³nde, si puede saberse, ha descubierto a una viuda tan encantadora?

>-Â¿La ha visto usted? -Por supuesto que la he visto -dijo Gin haciendo una mueca-. A la seÃ±ora Kurosaki se la ve en todas partes. No hay baile ni fiesta que sea un Ã©xito sin su presencia. Su querida es sin ninguna duda la criatura mÃ¡s fascinante que haya visto la sociedad en aÃ±os.
-Â¿Cree usted que es fascinante, Ichimaru?

>-Desde luego. Tanto es asÃ- que la llaman lady Estelar.
-Oh, Â¿sÃ-? Gin mostrÃ³ indiferencia. -No es que sea una gran belleza,

usted lo sabrÃ-a mejor que nadie. Sin embargo, hay algo en ella que atrae todas las miradas, Â¿no le parece? Supongo que el apodo proviene de su forma de vestir.
>-Ah, sÃ-, claro, sus vestidos. Gin sonriÃ³ lleno de malicia.
-ImagÃ-nese, la actual amante del caballero mÃ¡s notorio entre la clase alta aparece ataviada con el mÃ¡s puro de los blancos, como si se tratara de una virgen. Una total osadÃ-a. Toshiro dejÃ³ de hacer girar el coÃ±ac en su copa y mirÃ³ a Gin.
>-Â¿AÃºn sigue vistiendo de blanco?
-JamÃ¡s usa otro color -le asegurÃ³ Gin-. Verdaderamente original. Por cierto, ese ridÃ-culo carruaje blanco y dorado que tiene es la envidia de todas las mujeres de la ciudad. Apuesto a que le costÃ³ una fortuna. Â¿Le importa si le pregunto cuÃ¡nto?
>-No lo recuerdo en este momento -Masters mirÃ³ el fuego.
-Creo que usted le ha comprado tantas chucherÃ-as y caprichos que el carruaje blanco y los excelentes caballos que tiran de Ã©l deben de ser una minucia, Â¿no cree?
>-No presto mucha atenciÃ³n a esas cuestiones. Gin profiriÃ³ un gemido.
-Debe de ser placentero ser un hombre rico. Bueno, sin Ã¡nimo de ofenderle, seÃ±or, pero es obvio que ella clavÃ³ profundamente en usted sus pequeÃ±as garras antes de decidirse a buscar otro amante.
>-Las viudas a menudo heredan enormes sumas de sus maridos.
-Se corre la voz de que el finado seÃ±or Kurosaki era bastante mayor que ella y llevaba una vida muy recluida en algÃºn lugar de Devon. -Gin mirÃ³ a Toshiro con ojos mezquinos-.
>Es posible que heredara algo de dinero, pero todo el mundo sospecha que ha sacado bastante buen provecho de usted, Masters.
-Usted sabe cÃ³mo son estas cosas, un hombre debe pagar por los placeres que recibe. Gun sonriÃ³ levemente, y despuÃ©s con coraje atacÃ³ con toda la artillerÃ-a.
>-Â¿CÃ³mo se siente uno al haber sido seducido por una amante especuladora que ahora estÃ¡ decidida a encontrar a otro hombre para reemplazarle a usted en su cama?
-La sensaciÃ³n que experimento en este momento es difÃ-cil de describir, Ichimaru.
>-Apuesto a que casi no existe hombre que no diera una fortuna por sustituirle a usted en su salÃ³n privado. -Desde luego que sÃ-.
-Ciertamente a todos sus conocidos, en especial aquellos que juegan de vez en cuando con usted a las cartas, se los ve rondÃ¡ndola casi todas las noches -continuÃ³ Ichimaru-. Kira Izuru, Jushiro Ukitake, Kensei Muguruma y Shinji Hirako suelen agruparse a su alrededor. Y hay varios mequetrefes y caballeretes, tales como Aizen, que se dedican a divertirla, para poder ser vistos en su compaÃ±Ã-a.
-Algunos hombres harÃ-an cualquier cosa para estar a la moda. -Hablando de moda -agregÃ³ Gin- su cÃ-rculo de admiradores. Usted sabe que en estos dÃ-as todas las mujeres de la sociedad estÃ¡n ansiosas por redecorar sus casas al estilo clÃ¡sico. Cada una de ellas desea que su decoraciÃ³n sea mÃ¡s autÃ©ntica que la de su vecina.
>-AntigÃ¼edades -repitiÃ³ suavemente Toshiro. -SÃ-, ahora estÃ¡n en auge y su seÃ±ora Kurosaki parece saber mucho sobre el tema. Aparentemente pasÃ³ un aÃ±o buscando antigÃ¼edades en Italia. -Gin meneÃ³ la cabeza-. Debo admitir que yo no me siento atraÃ-do por las mujeres que estÃ¡n dotadas de esa naturaleza intelectual.
-Es comprensible, dada su propia naturaleza. Gin no se dio cuenta de la insinuaciÃ³n. -Â¿Significa algo para usted esta osada conducta? -La encuentro... -Toshiro se detuvo, buscando la palabra justa-, interesante.
>-Interesante. Â¿Es eso todo lo que se le ocurre? En este preciso instante en que su ex amante lo estÃ¡ sometiendo a una humillaciÃ³n

en algunos de los mejores salones de Londres.
-Es posible que no sea todo lo que pueda decir, pero, desde luego, es todo lo que tengo intenciones de decir. Â¿Ha terminado con sus noticias, Ichimaru? Gin mirÃ³ ceÃ±udo.
>-SÃ-. Creo que esto ha sido suficiente.
-Lo es. Sin duda, usted desearÃ-a estar ya de regreso. -Toshiro mirÃ³ la puerta-. Pronto se harÃ¡ de noche y la posada mÃ¡s cercana queda a cierta distancia de aquÃ-. La boca de Gin se tensÃ³. Si habÃ-a abrigado la esperanza de obtener una invitaciÃ³n para pasar la noche en Hitsugaya Hall, ahora era el momento de sentirse profundamente decepcionado. Se levantÃ³.

>-Buenas noches, Masters. Creo que tendrÃ¡ en quÃ© pensar esta noche. Me siento complacido de no estar ahora en su lugar. Es terriblemente comprometedor que la amante de uno vaya por ahÃ- haciÃ©ndole quedar como un tonto. Gin se dio media vuelta y, a grandes pasos, saliÃ³ de la biblioteca. Toshirp
esperÃ³ a que la puerta se cerrase tras su visitante. Luego, se levantÃ³ y cruzÃ³ la habitaciÃ³n para ir a apoyarse junto a la ventana. El cielo estaba claro y sin nubes, brillante de naranja y oro, las tonalidades pÃ¡lidas propias de un dÃ-a de primavera. SerÃ-a una buena noche para observar las estrellas con su telescopio. TenÃ-a la intenciÃ³n de pasar el resto del mes en Yorkshire. Pero ahora deberÃ-a hacer algunos arreglos para regresar a Londres mÃ¡s temprano de lo que habÃ-a creÃ-do. Su curiosidad, fuerza que en Ã©l era tan poderosa como su deseo sexual, se vio profundamente excitada. En realidad, a pesar de lo que los chismosos de Londres creÃ-an, Ã©l actualmente no tenÃ-a ninguna amante. No se habÃ-a comprometido con ninguna mujer desde hacÃ-a casi cuatro meses. Ã‰l y su Ãºltima amante, una hermosa viuda de casi treinta aÃ±os, hacÃ-a tiempo ya que se habÃ-an separado. La ruptura se produjo despuÃ©s de que la dama finalmente aceptara el hecho de que Toshiro no tenÃ-a intenciones de violar sus reglas y volver a contraer matrimonio. La adorable viuda decidiÃ³ jugar otras cartas. Toshiro no pudo evitar preguntarse quiÃ©n era la misteriosa seÃ±ora Kurosaki. Sin embargo, lo que mÃ¡s lo intrigaba aÃºn era la osadÃ-a de esa mujer. Cualquier mujer que poseyera el sobrecogedor coraje de hacerse pasar por su amante en los niveles mÃ¡s altos de la sociedad prometÃ-a ser, desde luego, interesante. Casi tan interesante como las estrellas.

2. capitulo 2

El conde de Masters no estaba muerto como creÃ-a Kurosaki Karin, que casi se desmaya por primera vez en su vida, cuando el conde entrÃ³ al iluminado salÃ³n de baile. Todo lo que la rodeaba comenzÃ³ a girar lentamente mientras luchaba por reponerse de aquella emociÃ³n. Lo Ãºltimo que habÃ-a esperado descubrir en su vida era que Masters estaba vivo.

La impresiÃ³n fue cediendo poco a poco, mientras una embriagante sensaciÃ³n de alegrÃ-a inundaba su ser. Aunque jamÃ¡s lo habÃ-a visto, habÃ-a pasado dos semanas ardientes aprendiendo todo lo que le fue posible sobre el conde, antes de introducirse en la sociedad disfrazada de su amante.

Lo mÃ¡s inquietante que habÃ-a descubierto durante el curso de su estudio fue que aquel era el hombre de sus sueÃ±os: un hombre que ella podrÃ-a haber amado como jamÃ¡s hubiera amado a otro: era su hombre ideal.

HabÃ-a esperado que Ã©l permaneciera para siempre como la figura de sus mÃ¡s Ã-ntimas fantasÃ-as. Pero allÃ- estaba Ã©l, un ser real y lleno de vida. Y cuando Ã©l supiera quiÃ©n era ella y lo que habÃ-a hecho, con seguridad la despreciarÃ-a.

-Dios mÃ-o, no lo puedo creer -murmurÃ³ Madarame-. Hitsugaya estÃ¡ aquÃ-.

Karin observÃ³ en silencio al hombre de poderosa musculatura que descendÃ-a por la escalera alfombrada de azul luciendo una natural arrogancia. Una parte de ella se sintiÃ³ anonadada al darse cuenta de que era sencillamente tal como ella lo habÃ-a imaginado, de cabellos oscuros, un orgullo distante, un hombre que vivÃ-a segÃºn sus propias reglas. No podÃ-a creer lo que sus ojos veÃ-an.

Tampoco podÃ-an creerlo los demÃ¡s. La escena en el salÃ³n de baile permaneciÃ³ en total quietud durante un segundo. La multitud allÃ- reunida interrumpiÃ³ su conversaciÃ³n. A Karin le parecÃ-a como si aquellas damas engalanadas con brillantes vestidos y aquellos hombres tan elegantes se hubieran visto atrapados dentro de una gota de Ã¡mbar lÃ-quido que por un momento se hubiera endurecido, aprisionÃ¡ndolos a todos. Aun las llamas de las enormes velas que pendÃ-an de la imponente araÃ±a de cristal parecieron quedar rÃ-gidas por un instante. Un segundo despuÃ©s, el Ã¡mbar se tornÃ³ lÃ-quido otra vez y liberÃ³ a sus cautivos. Tras este estado de inmovilidad, las relucientes criaturas comenzaron a revolotear como insectos brillantes, y una incontenible emociÃ³n iluminÃ³ sus ojos expectantes.

Karin sabÃ-a quÃ© provocaba tanta expectativa en aquellos que la rodeaban. Esperaban una escena, un escÃ¡ndalo del que se hablarÃ-a durante dÃ-as. SabÃ-a ademÃ¡s que la sorpresa de la multitud allÃ- reunida provenÃ-a del hecho de que nadie esperaba a Hitsugaya aquella noche. Se suponÃ-a que estaba fuera de la ciudad, en uno de sus largos viajes para visitar sus propiedades. Desde luego, nadie pensÃ³ que Ã©l aparecerÃ-a allÃ- para enfrentarse con su ex amante.

SÃ³lo Karin y aquellos que estaban a su lado creÃ-an que estaba muerto. La nota del chantajista lo habÃ-a afirmado. Aquella misiva habÃ-a dejado claro que la tÃ-a de Karin, Rangiku, lady Matsumoto, serÃ-a la prÃ³xima en morir si no cumplÃ-a las Ã³rdenes de ese villano.

Pero allÃ- estaba Hitsugaya en persona y no existÃ-a duda de que no sÃ³lo estaba vivo, sino que aparentaba estar en plena forma. Irradiaba la peligrosa vitalidad propia de un gran animal de presa.

Estaba claro que el chantajista habÃ-a mentido. A fin de aterrorizar a la pobre Rangiku, se habÃ-a aprovechado con inteligencia de la circunstancia de que Toshiro no estuviera en Londres.

Con el espÃ-ritu dividido entre la euforia y la desesperaciÃ³n, Karin observÃ³ cÃ³mo el conde, implacable, se acercaba y se dio cuenta de que todos sus cuidadosos planes habÃ-an quedado de pronto reducidos a un total caos.

Una nueva clase de desastre la amenazaba, un desastre que la afectarÃ-a a ella y a aquellos que vivÃ-an a su lado y la amaban. A Toshiro no le gustarÃ-a nada saber que tenÃ-a una amante a quien

jamÃ¡s habÃ-a conocido. Una amante que, ademÃ¡s, habÃ-a dejado que todos creyeran que iba a la caza de un sustituto.

PensÃ³ que Toshiro destruirÃ-a los disfraces de aquella farsa, reduciÃ©ndolos a trizas y dejÃ¡ndola a ella expuesta ante todos como el fraude que en realidad era. El corazÃ³n de Karin latÃ-a enloquecido mientras escuchaba las conversaciones en voz baja que mantenÃ-a el grupo de caballeros que estaba a su lado.

-Â¡Hitsugaya tiene siempre tanto coraje! -Lord Madarame, con rostro espectral y tan delgado como un cadÃ¡ver, se llevÃ³ con torpeza la copa de champaÃ±a a la boca y la vaciÃ³ de un solo trago-. JamÃ¡s creÃ- que se presentarÃ-a en ningÃºn salÃ³n donde estuviera lady Estelar. Es terriblemente humillante.

-Por Dios, esto se presenta interesante. -Barragan, hombre de cincuenta aÃ±os, cuyo prominente vientre no quedaba bien oculto bajo su chaqueta mal cortada, echÃ³ una mirada especulativa a Karin.

Aizen Sousuke se inclinÃ³ hacia ella con gesto tan protector que resultaba tierno. Sus ojos violetas que en general estaban siempre alegres mostraban preocupaciÃ³n. -

Pienso que esta situaciÃ³n podrÃ-a resultar un poco incÃ³moda. Los generales de los ejÃ©rcitos no inventaron la extremadamente Ãºtil tÃ¡ctica de la retirada sin tener una buena razÃ³n para ello, mi querida seÃ±ora. Â¿No le gustarÃ-a emplearla? Como siempre, yo estoy dispuesto a ayudarla.

Karin luchÃ³ por encontrar la compostura. Era difÃ-cil para ella lograr una respiraciÃ³n acompasada. No podÃ-a estar sucediendo aquello, debÃ-a de haber algÃºn error. Sus dedos, que levemente descansaban sobre la manga de Aizen, temblaban.

-No sea ridÃ-culo, seÃ±or Aizen. Toshiro no harÃ¡ ninguna escena para que toda esa chusma se divierta.

-Yo no estarÃ-a tan seguro. -Aizen estudiÃ³ la ola de emociÃ³n que embargaba a la multitud a medida que Masters avanzaba cruzando el salÃ³n-. Uno nunca sabe quÃ© es lo que harÃ¡: ese hombre es un enigma.

Karin se sonrojÃ³. A pesar de la situaciÃ³n desesperada en que se hallaba, sintiÃ³ la urgencia de defender al conde. -El no es ningÃºn enigma. Lo que sucede es que prefiere mantener su intimidad, lo que es perfectamente razonable.

-Bueno, usted lo ha puesto en ridÃ-culo y le ha robado su preciosa intimidad, Â¿no le parece, mi querida seÃ±ora? Aizen, por desgracia, tenÃ-a razÃ³n, como siempre.

Karin le echÃ³ a su amigo una mirada inquisitiva. Aizen estaba mucho mÃ¡s familiarizado que ella con las intrincadas formas de la sociedad londinense. HabÃ-a nadado en esas impredecibles aguas durante los Ãºltimos dos aÃ±os. Desde que, hacÃ-a dos semanas, se habÃ-an hecho amigos, ella habÃ-a aprendido a apreciar el valor de sus juicios. Aizen parecÃ-a saber quiÃ©n era quiÃ©n.

ComprendÃ-a todos los caprichos de la conducta que habÃ-a que

mantener en ese mundo de privilegios, desde el simple desaire hasta el desprecio. En tÃ©rminos de rango social, Aizen era un pez de los pequeÃ±os en el gran estanque de Londres.

Pero pertenecÃ-a al grupo de los caballeros galantes que rondaban la treintena que eran tan indispensables para los anfitriones como para las madres ansiosas. Hombres como Aizen se mostraban deseosos de bailar con las muchachas que siempre se quedaban mirando o de beber tÃ© con las seÃ±oras de mÃ¡s edad. Buscaban gustosos copas de champaÃ±a a las mujeres cuyos esposos estaban ocupados en las salas de juego. Conversaban amablemente y con soltura con las damiselas nerviosas que hacÃ-a poco habÃ-an hecho su presentaciÃ³n en sociedad.

En sÃ-ntesis, resultaban francamente Ãºtiles y, por lo tanto, siempre podÃ-an lograr una invitaciÃ³n para los mejores bailes y fiestas de la ciudad.

Aizen tenÃ-a treinta y cinco aÃ±os. Un rostro agradable y ojos violeta pÃ¡lido. Sus modales eran amables e inofensivos. Su cabello ralo y de color castaÃ±o oscuro estaba cortado y rizado a la Ãºltima moda. El chaleco amarillo, que quedaba un tanto suelto en su talle y la corbata anudada con gran meticulosidad representaban la vanguardia de aquellos tiempos.

A Karin le gustaba Aizen. Era uno de los pocos hombres que no parecÃ-a tener interÃ©s en intentar tomar lo que todos imaginaban era el lugar de Toshiro en su vida. Se sentÃ-a cÃ³moda en su presencia. Ã‰l disfrutaba conversando sobre temas de arte y arquitectura, y ella respetaba los consejos que Ã©ste le ofrecÃ-a en materia social. Pero incluso Aizen, que rara vez se sentÃ-a pÃ©rfido respecto a la respuesta adecuada que debÃ-a darse en cualquier situaciÃ³n social, parecÃ-a torpe esa noche.

Obviamente, no sabÃ-a cÃ³mo manejar la inminente catÃ¡strofe. Karin abriÃ³ su abanico de encaje blanco mientras trataba de poner en orden sus conmocionados pensamientos. Lo Ãºnico que la podÃ-a salvar del desastre era su propia inteligencia, que como ella bien sabÃ-a era una de sus mejores armas.

-Toshiro es, por encima de todo, un caballero. No existe razÃ³n por la que Ã©l me avergÃ¼ence a mÃ- o a sÃ- mismo.

-Lo que usted diga, querida. -Aizen arqueÃ³ una de sus tupidas cejas, mostrando asentimiento-. Le aseguro que no hay necesidad de que me dÃ© detalles de su relaciÃ³n con Hotsugaya. Todos en la ciudad tienen plena conciencia de la clase de amigos que fueron ustedes.

-Desde luego. -El tono de voz de Karin mostrÃ³ una nota de reserva, tÃ-picamente empleada por ella siempre que alguien se ponÃ-a demasiado atrevido en el tema del conde. Casi nunca era necesario usar ese tono con Aizen porque, en general, era mÃ¡s discreto. Casi no podÃ-a quejarse de las suposiciones que, Aizen y los integrantes de la alta sociedad hacÃ-an con respecto a la naturaleza de sus relaciones con Toshiro. Todos habÃ-an llegado precisamente a las conclusiones a las que ella deseaba que llegaran. Tales suposiciones eran parte de su gran plan para ganar la entrada en el exclusivo cÃ-rculo de conocidos del conde. Aquel esquema habÃ-a funcionado hasta esa noche.

-Independientemente de su pasada relaciÃ³n con el conde -dijo Aizen-, la pregunta que todos se hacen esta noche es quÃ© pasarÃ¡ despuÃ©s. Se nos indujo a creer que usted y Ã©l habÃ-an tomado rumbos distintos, mi querida seÃ±ora. Sin embargo, la presencia de Hitsugaya aquÃ- esta noche indica lo contrario.

Karin no le prestÃ³ atenciÃ³n a aquel tono interrogante en su voz. Era casi imposible que pudiera darle una respuesta cuando ni ella misma la tenÃ-a. Incapaz de pensar en nada mÃ¡s que hacer en medio de aquella crisis, Karin decidiÃ³ hacer lo Ãºnico que era posible. Se mantuvo firme en la historia que ella misma habÃ-a inventado cuando se embarcÃ³ en tan peligrosa aventura.

-Toshiro sabe muy bien que nuestra relaciÃ³n se ha acabado, a menos que Ã©l decida disculparse por la desavenencia que Ã©l mismo provocÃ³ entre nosotros dos -dijo con tono desprovisto de emociÃ³n.

-Uno nunca usa la palabra imposible cuando se trata del conde -dijo Aizen-. Pero en este caso, creo que estÃ¡ permitido hacerlo. Es sensato decir que nadie aquÃ- y ahora puede concebir que el conde se disculpe con una dama que lo ha humillado delante de todo el mundo.

Karin se sintiÃ³ horrorizada. -Pero yo no he hecho tal cosa, seÃ±or Aizen.

-Â¿No? Karin se abanicÃ³ con presteza. Se sentÃ-a terriblemente acalorada.

-Yo simplemente indiquÃ© que Ã©l y yo ya no nos debÃ-amos nada el uno al otro. -

Y que todo fue culpa de Ã©l.

-Bueno, sÃ- -Karin tragÃ³ saliva-. Desde luego que Ã©l tuvo la culpa de todo. Pero yo no quise humillarlo delante de sus amigos. Aizen la mirÃ³ extraÃ±ado.

-Vamos, mi seÃ±ora. Seamos honestos entre nosotros. Usted ha dado a entender que hubo una violenta discusiÃ³n entre el conde y usted, tan violenta que llegÃ³ a destruir una amistad tan Ã-ntima. No puede decirme que no buscaba venganza cuando hizo su apariciÃ³n en sociedad. Todos creen que usted anda a la bÃºsqueda de un sustituto adecuado.

-Eso no es cierto -Karin se aclarÃ³ la voz-. Lo que quiero decir es que el conde me debe una disculpa, pero jamÃ¡s he tenido la intenciÃ³n, digamos, de obtener nada de Ã©l. -Â«Nadie recibe disculpas de los muertosÂ», pensÃ³.

-Cualquiera que sea su intenciÃ³n, usted ha dejado claro lo que todos comprendieron, que fue usted la que cortÃ³ la relaciÃ³n. Creen que usted en verdad tuvo la osadÃ-a de decirle adiÃ³s a Hitsugaya.

El transformarse en una furia instantÃ¡nea a los ojos de los adinerados habÃ-a sido parte de su plan, pero Karin no podÃ-a explicarle eso a Aizen.

-Con respecto a ese malentendido... -

Â¿Malentendido? -Aizen la mirÃ³ con lÃ¡stima-. Durante las dos Ãºltimas semanas, nadie ha podido averiguar si usted es la dama mÃ¡s osada de Londres o simplemente una candidata al manicomio.

-Estoy comenzando a preguntarme eso yo misma -murmurÃ³ Karin entre dientes. DebÃ-a de haber estado loca para llegar a esta situaciÃ³n.

-Usted sabe que todo el mundo ha estado sobre ascuas para ver cÃ³mo el conde responde a su venganza.

-Ya le he dicho, seÃ±or Aizen, que yo no tengo en absoluto ningÃºn interÃ©s en vengarme. Lo que hubo entre nosotros fue una pequeÃ±a riÃ±a, eso es todo. Requiere una disculpa, nada mÃ¡s.

-De modo que ahora se trata de una pequeÃ±a riÃ±a. Antes se habÃ-a referido a esa situaciÃ³n como una discusiÃ³n mayÃºscula.

-Estas cosas se agrandan fuera de toda proporciÃ³n bajo la influencia de los chismosos, Â¿no cree?

-Desde luego que es asÃ-, mi querida seÃ±ora. -Aizen le dio una palmada en la mano para animarla-. Pero no tema. Yo permanecerÃ© a su lado, listo para ayudarla si el conde se pone desagradable.

-Una idea estimulante, claro que sÃ-. Sin embargo, no era de ningÃºn modo estimulante. Toshiro de alguna manera habÃ-a regresado del mundo de los muertos y serÃ-a terrible el coste que habrÃ-a que pagar.

La reacciÃ³n de Aizen a la situaciÃ³n confirmaba todo lo que Karin habÃ-a aprendido acerca del notable conde. La sociedad lo creÃ-a deliciosamente peligroso e impredecible. CorrÃ-an rumores de un duelo que habÃ-a tenido lugar hacÃ-a unos aÃ±os en el cual Ã©l casi habÃ-a matado a su contrincante. TambiÃ©n se rumoreaba que Ã©l podrÃ-a ser en realidad el responsable del asesinato de su ex socio, Kurotsuchi Mayuri. Era un hecho que despuÃ©s de la muerte de Kurotsuchi, Masters habÃ-a asumido el control del beneficioso fondo de inversiones que su socio manejaba.

Muchos declaraban que aquel lucrativo fondo no era lo Ãºnico con lo que Masters se habÃ-a quedado despuÃ©s de la muerte de Kurotsuchi. Se decÃ-a que habÃ-a mantenido una larga relaciÃ³n con la viuda de Ã©ste, Unohana, y que la relaciÃ³n continuaba hasta el presente, aun cuando ella se habÃ-a vuelto a casar y era ahora lady Zaraki. Nadie sabrÃ-a jamÃ¡s la verdad acerca de esos incidentes o de muchos otros, ya que Toshiro jamÃ¡s hablaba de ellos.

En realidad, Ã©l tenÃ-a una regla acerca de hablar de su pasado o del de los otros. Se trataba de un hombre infinitamente reservado que nunca daba explicaciones sobre sus actos. Definitivamente Toshiro no era la clase de hombre que tolerarÃ-a una humillaciÃ³n de ningÃºn tipo.

Karin recordÃ³ que habÃ-a estado en otras situaciones mÃ¡s difÃ-ciles. El Ãºltimo aÃ±o en el extranjero, durante el cual ella y su prima Nanao habÃ-an recorrido las ruinas de Italia, no habÃ-a estado desprovisto de incidentes. Se habÃ-a producido aquel desagradable enfrentamiento con un ladrÃ³n en las calles de Roma y otro encuentro, de igual forma peligroso, con un bandido durante el viaje a Pompeya. Aun asÃ-, Karin tenÃ-a plena conciencia de que

jamÃ¡s habÃ-a tratado con un hombre cuya reputaciÃ³n fuera de las proporciones que caracterizaban a la del conde.

El secreto estaba en mantener la calma y el control, pensÃ³ Karin. Se estaba enfrentando con un adversario potencialmente peligroso, pero sabÃ-a por sus investigaciones que Toshiro era un hombre de gran inteligencia. Con algo de suerte, decidirÃ-a tomar la inminente confrontaciÃ³n de una manera racional y frÃ-a. Por la informaciÃ³n que ella habÃ-a recabado acerca de Ã©l, estaba casi segura de que no dejarÃ-a que sus emociones lo dominaran en los minutos siguientes. Â«Casi seguraÂ», pensÃ³.

Karin mirÃ³ con intranquilidad cÃ³mo Aizen fruncÃ-a el ceÃ±o, mientras observaba a la multitud. OyÃ³ un sonido seco, bajÃ³ la mirada y vio cÃ³mo, por accidente, habÃ-a quebrado las espigas de su abanico. En aquel momento, el grupo de gente que estaba delante de ella se abriÃ³. La risa nerviosa de una mujer se oyÃ³ para luego apagarse repentinamente.

Los hombres se hicieron a un lado. Incluso Aizen dio uno o dos pasos hacia atrÃ¡s. Karin de pronto se encontrÃ³ allÃ- sola en medio del atestado salÃ³n. Toshiro, conde de Masters, se detuvo directamente delante de ella. Como Karin habÃ-a estado mirando su abanico reciÃ©n destrozado, lo primero que observÃ³ en el conde fueron sus manos.

Era el Ãºnico hombre del salÃ³n que no llevaba guantes. En un mundo donde en los hombres se admiraban las manos suaves, elegantes y con gracia, Toshiro las tenÃ-a curtidas por el aire. Grandes y fuertes, aquellas eran las manos de un hombre que se habÃ-a abierto camino en el mundo solo.

I de pronto recordÃ³ que hacÃ-a cinco aÃ±os escasos que Ã©l habÃ-a recibido su tÃ-tulo de nobleza, herencia de una bancarrota. No habÃ-a nacido en la riqueza y en el poder. Ã‰l solo habÃ-a creado aquellos atributos. Con dificultad apartÃ³ la mirada de aquellas manos musculosas y levantÃ³ los ojos con rapidez. Toshiro poseÃ-a un rostro que podÃ-a haber sido grabado en una moneda de oro: fuerte, arrogante y atrevido hasta el punto de ser duro; era el rostro de un conquistador antiguo.

Ã‰l la observÃ³ con sus ojos color esmeraldas, llenos de inteligencia. El cabello era muy claro, casi blanco y tenÃ-a un mechÃ³n plateado peinado hacia atrÃ¡s. Karin se encontrÃ³ con aquellos ojos brillantes y una impresiÃ³n de profunda conciencia y reconocimiento la traspasÃ³. Algo que se habÃ-a estado gestando muy profundamente en su ser durante semanas, saliÃ³ de pronto en llamas a la superficie.

Ã‰ste era el hombre del cual ella se habrÃ-a enamorado y que jamÃ¡s habÃ-a soÃ±ado que un dÃ-a conocerÃ-a en persona. Era exactamente tal y como se lo habÃ-a imaginado. Karin sabÃ-a que todos los presentes esperaban sin aliento para ver su reacciÃ³n.

-Mi lord -susurrÃ³ Karin tan dÃ©bilmente que sÃ³lo Ã©l pudo oÃ-rla-. Me siento tan complacida de ver que usted estÃ¡ vivo. Con una plegaria en el corazÃ³n para que tuviera razÃ³n respecto a la suposiciÃ³n de que la curiosidad del conde dominarÃ-a su reacciÃ³n, cerrÃ³ los ojos y cayÃ³ en una reverencia grÃ¡cil. Toshiro la tomÃ³ antes de que alcanzara el suelo.

-Muy inteligente de su parte, seÃ±ora Kurosaki -murmurÃ³ para que sÃ³lo ella lo escuchara-. Me preguntaba cÃ³mo saldrÃ-a usted de este enredo. Karin no se atreviÃ³ a abrir los ojos. Se sintiÃ³ alzada en vilo hasta dar contra el pecho de Toshiro. Sus brazos eran fuertes y firmes y sintiÃ³ que estaba extraÃ±amente segura y a salvo en aquel abrazo. El perfume de Ã©l avivÃ³ una curiosa sensaciÃ³n en su interior. Se asombrÃ³ del placer inesperado y profundamente sensual que la invadÃ-a.

JamÃ¡s habÃ-a experimentado nada parecido al sentimiento que la embargaba en aquel momento. LevantÃ³ las pestaÃ±as lo suficiente para ver cÃ³mo las ligeras faldas de su vestido blanco de seda caÃ-an en cascada sobre la manga negra de la chaqueta de Masters. Toshiro la acompaÃ±Ã³ sin esfuerzo a travÃ©s del salÃ³n, hacia la puerta.

-ApÃ¡rtese, si no le molesta -ordenÃ³ a cada cual que encontrÃ³ en su camino-, mi buena amiga necesita algo de aire fresco.

La multitud le abriÃ³ paso. Murmullos de asombro y especulaciÃ³n siguieron la espectacular salida de Karin del atestado salÃ³n de baile. Toshiro la condujo hasta salir de la gran mansiÃ³n. Sin hacer ningÃºn alto, a grandes pasos bajÃ³ los anchos escalones hasta el reluciente carruaje negro, tirado por dos caballos tambiÃ©n de tono azabache. El lacayo, ataviado con una librea negra, abriÃ³ la puerta del carruaje; Toshiro introdujo a Karin en el interior y la puerta se cerrÃ³. El carruaje negro partiÃ³ en medio de la noche por las calles de Londres.

End
file.